

# Para verte mejor

José Gordon

Dicen que comenzó más o menos así: en los antiguos mares, las formas de vida desarrollaron los primeros ojos rudimentarios: parches de piel sensibles a la luz; podían distinguir lo claro de lo oscuro y también la dirección de la luz, pero eso era todo. Sin embargo, estas destrezas eran tan útiles que los ojos evolucionaron con la capacidad de juzgar el movimiento, luego la forma y lo que hoy conocemos como un conjunto deslumbrante de detalles y colores. Dicen también que en los ojos se encuentra un vestigio de nuestros orígenes oceánicos y por ello deben estar bañados constantemente en agua salada.

El deseo de luz incluso se encuentra en las plantas. Loren Eiseley argumenta que el *fungus pilobolus* tiene una especie de ojo: un área sensitiva a la luz en donde las esporas apuntan al lugar más brillante. Cada quien ve como puede ver. En el libro *Historia natural de los sentidos*, Diane Ackerman apunta que algunos animales perciben los colores en forma distinta a la nuestra, dependiendo de su química. Unos ven en blanco y negro, como los búhos, los venados y los conejos; ciertos perros son ciegos al rojo y al verde, las hormigas tampoco pueden ver el rojo. Otros responden a colores que nos resultan invisibles. Las telarañas que vemos pardas y blancas, ante los ojos de insectos sensibles al rango ultravioleta se ven seductoras, brillantemente coloreadas (¿por eso caen en la trampa?).

Los experimentos científicos parecen indicar, por ejemplo, que los animales de sangre fría pueden ver mejor que los de sangre caliente en una luz desvanecida. De ello se sigue que los anfibios tienen mejor visión nocturna en comparación con los mamíferos. En unas pruebas realizadas en la Universidad de Copenhague y en la Universi-

dad de Helsinki se encontró que los seres humanos requieren ocho veces más luz para ver un gusano en la noche en comparación con lo que necesita un sapo.

## LOS OJOS EN LAS OREJAS

Lo que vemos también es afectado por la estructura de nuestros órganos de visión. Pensemos en el búho, esos binoculares con alas (como los define Diane Ackerman), cuyos ojos constituyen un tercio del tamaño de su cara; pensemos en los cangrejos que tienen los ojos tan aparte que pueden ver casi en un círculo completo; pensemos en los caballos que, desde nuestra perspectiva, ven desde las orejas. Los enjambres de los ojos de mosca no ofrecen, como podríamos pensar, la misma imagen repetida, más bien parece que ven el mundo a través de un cristal ligero como un papel. Los pájaros pueden ver las estrellas; las abejas, al juzgar el ángulo de impacto de la luz en sus fotorreceptores, tienen la capacidad de ubicar la posición del sol en el cielo incluso en un día nublado. El color blanco, simple y monótono de los pétalos de las flores, para una abeja —dice Ackerman— debe ser algo así como el paraíso: está encendido como un anuncio luminoso bordeado con atractivos signos de neón que apuntan el camino al néctar.

Para ver mejor nos imaginamos lo que observa el oído en los radares de los murciélagos y los delfines, desarrollamos lupas, telescopios, cámaras, binoculares, instrumentos con rayos x, microscopios de rastreo electrónico, imágenes de resonancia magnética, ojos eléctricos, localizadores de radioisótopos, aparatos de ultrasonido.

## CÓMO VER CON PUNTOS CIEGOS

Para ver mejor cubrimos los huecos de nuestra percepción, vemos con la mente lo que no alcanzamos a recibir por los ojos. Algunos estudios sugieren que menos del 50 por ciento de lo que vemos está basado realmente en la información que converge en los ojos. El resto se conjunta a partir de las expectativas de cómo debíamos ver al mundo. Un dato en esta dirección nos dice que en medio de la retina, donde el nervio óptico se conecta con el ojo, tenemos un punto ciego en donde no hay fotorreceptores. Sin embargo, cuando miramos a nuestro alrededor parece que no nos damos cuenta de que existen boquetes en nuestra visión. Michael Talbot dice que el cerebro es como un sastre que remienda el tapete de nuestra realidad visual de una manera tan magistral que ni siquiera somos conscientes de ello. Estamos acostumbrados a responder ante lo que pensamos que está ahí.

Por eso, muchas veces no vemos, tenemos lo que se denomina *ceguera de taller*, dejamos, por costumbre, de percibir lo que está tan claramente ante nuestra vista.

La frescura, la inocencia, la atención avivada, devuelven la capacidad de ver, nos hacen apreciar lo que otros no pueden apreciar. “¿Qué le ves”, se le suele preguntar al enamorado. Shakespeare decía: “el amor no mira con los ojos sino con la mente”. Es por eso que para ver mejor, a veces requerimos cerrar los ojos. Entonces vemos el alma. **U**

